

Volumen 7, Número 1

Primavera 2016

Gritos ahogados

Sudaba profusamente, la mirada desorbitada ahora oscilaba entre su vientre y su pubis mientras trataba de aferrarse a alguna razón moral o religiosa que calmara su miedo. La presión apenas la dejaba respirar y buscaba desesperadamente el aire... y la fe.

En la tribu se creía que el clítoris en el cuerpo de la mujer, era una malformación inútil y pecaminosa, y que, de permanecer allí, podría llegar a convertirse en un pene.

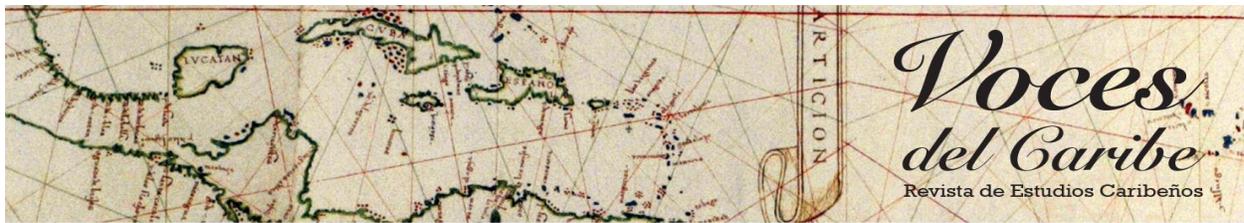
Por tradición, y con antelación al acto, los ancianos del clan se reunían para seleccionar a las candidatas, las madrinas y la fecha de las ceremonias.

Ella apenas estaba desarrollando y ya estaba entregada en matrimonio por su familia según la costumbre. Debía de cumplir su rol y su destino por doloroso que fuera; así había sido siempre y así habría de ser ahora. Lo aceptaba, sin embargo, pendían de sus ojos las aguas del manantial gris de sus temores.

Deisy Toussaint



279



Volumen 7, Número 1

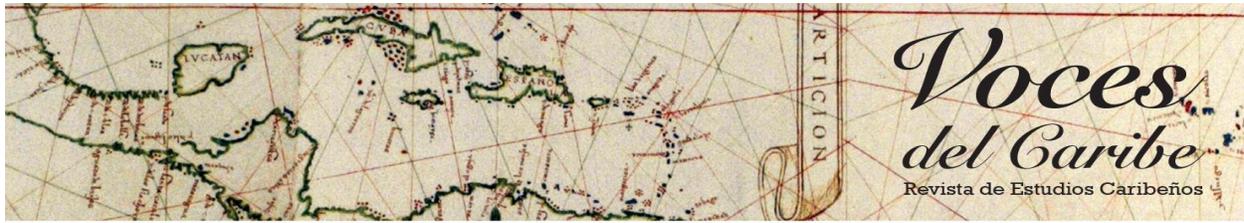
Primavera 2016

Con cantos y bailes inició la ceremonia, ella había estado nerviosa, no sabía con exactitud lo que iba a ocurrir, solo tenía conciencia de que debía pasar por ese trance.

Habría deseado que nunca acabara la fiesta, y de haber tenido conciencia, le habría encantado inundarse del romanticismo que conlleva el matrimonio en otras culturas, no así en la suya. Aquello que tenía entre las piernas debía ser purificado para cumplir su misión sin pecado. Orinar, recibir al hombre para su placer y alumbrar hijos era cuanto esa parte del cuerpo tenía como misión, el resto eran impurezas que debían ser extirpadas de raíz. “Lo impuro tiene que ser removido y cerrado después”. Era la Ley y había que cumplirla, de no ser así, no serviría para el matrimonio y hasta podría ser expulsada del poblado por ramera.

Al caer la tarde debían “prepararla” y con una luna grande y redonda como testigo mudo del sacrificio, comenzó la ceremonia.





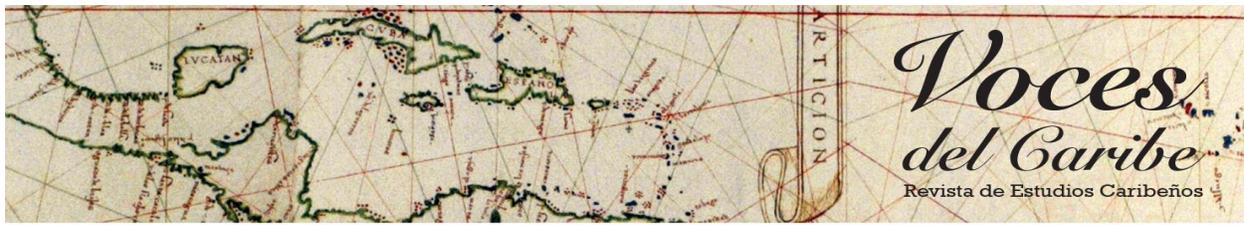
Volumen 7, Número 1

Primavera 2016

La hicieron sumergir sus genitales en agua para contraer los vasos y evitar hemorragias excesivas. Después, tumbada en una estera sobre el regazo de su madre que la sostenía por detrás, y asistida por las madrinas que le colocaban las piernas abiertas y en semi flexión, esperaba a que la curandera desinfectara la afilada gumía pasando su curva hoja en repetidas ocasiones por la llama ondeante del velón. Estaba aterrada, le costaba trabajo respirar. Habría querido gritar y revolverse, gritar y revelarse contra todo y contra todos, gritar y patear a la curandera, gritar y enfrentar a su madre, gritar y renegar del marido, gritar y cuestionar a los patriarcas y a los profetas y al mismo Dios que permitía que eso sucediera... pero permaneció callada.

Los invitados esperaban afuera expectantes hasta que finalmente, se escucharon los gritos desde el interior de la choza en el momento en que, el aún caliente metal, entrará en contacto con la piel de la chiquilla. Primero le rebanaron los labios menores de uno en uno en un corte limpio, después le tocó el turno al clítoris que iba siendo seccionado al tiempo que la curandera musitaba una oración. Ella trataba de aguantar su dolor y su rabia, debía llorar en silencio para no





Volumen 7, Número 1

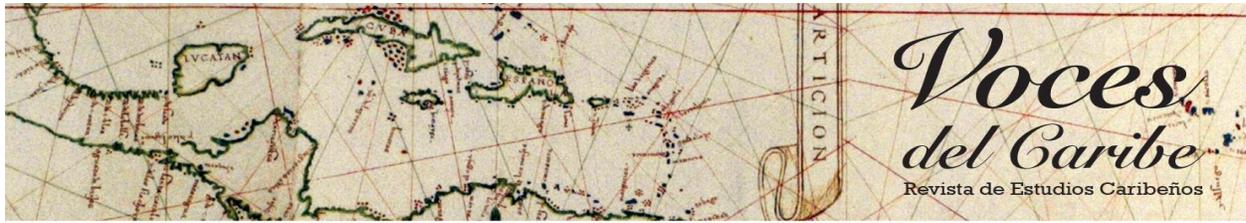
Primavera 2016

deshonrar a la familia, mientras la sangre huía de sus adentros derramándose entre las manos homicidas como suplicando piedad.

Ya la curandera sostenía orgullosa en la derecha la gumía y en la izquierda el pecado impuro de toda mujer. Luego, volvía a concentrarse tomando ahora entre sus dedos ensangrentados una agujeta enhebrada para comenzar a unir los labios mayores cuidándose de dejar un poco más abajo el camino abierto para la penetración del esposo, que esperaba con los demás la conclusión de la ceremonia.

Unos días con las piernas atadas, ciertos ungüentos para ayudar con la cicatrización, la colaboración de las demás mujeres de la aldea en los quehaceres domésticos y la providencia de Alá para que la infección no le arrebatase la vida, y podría levantarse por su propio pie para, según la tradición, tirar el pañuelo al balde de agua en presencia de la madre, las madrinas y el marido, finalizando así su paso de niña a mujer. El paño se hundiría, y con él su infancia, dando cumplimiento a la tradición de sus ancestros.





Volumen 7, Número 1

Primavera 2016

Y la rutina regresaría a la aldea con una hembra más, según la Ley. Como siempre fue, y como siempre sería.

Cuento ganador del 3er. Lugar en *el VI Concurso Nacional para Talleristas, República*

Dominicana 2014

Deisy Toussaint



283